
**Franz Hinkelammert en Chile: desarrollo y dependencia.
Fundamentos de un pensamiento crítico contemporáneo
*In memoriam*¹**

**Franz Hinkelammert in Chile: development and dependency.
Foundations of a contemporary critical thought
*In memoriam***

Adolfo Albornoz Farías²

Resumen | El año 2023, en Costa Rica, a los noventa y dos años, murió Franz Hinkelammert, economista, filósofo y teólogo de origen alemán. En su vasta trayectoria intelectual resultó decisiva la primera década que vivió en América Latina, específicamente en Chile, entre 1963 y 1973, país del que debió salir tras el Golpe de Estado. En Santiago, Hinkelammert se relacionó con discursos y prácticas del Desarrollismo Cepalino, intervino en debates y proyectos que impulsaron la Teoría de la Dependencia y participó en diálogos y acciones que animaron la Teología de la Liberación. Estas experiencias teóricas y políticas lo acompañaron durante más de medio siglo de trabajo intelectual a partir de la especificidad latinoamericana. Este artículo, enfatizando las cuestiones del desarrollo y la dependencia —en principio, más cercanas a las ciencias sociales clásicas, como la liberación lo es a las humanidades—, delinea una breve reconstrucción sociohistórica del campo intelectual sesentista chileno y continental donde Hinkelammert activamente participó, entrecruzada con material testimonial proveniente de entrevistas inéditas con el célebre pensador. El objetivo es situar su trascendente obra en el canon del Pensamiento Social Latinoamericano, conectando la labor temprana de Hinkelammert con corrientes actuales del pensamiento crítico del sur.

Palabras clave | Sociología latinoamericana, Economía política, Guerra fría, Golpe de estado en Chile, Pensamiento crítico latinoamericano

Abstract | The political project of the Plurinational State of Bolivia has ignored the indigenous experiences of those residing in urban areas, excluding them from recognition policies. However, the urban Aymara indigenous people have not only sought recognition of their indigenous rights, but also participation in the economic redistribution proposed by the plurinational project. In this essay, a question is raised about the limits of indigenous representation within the framework of the Plurinational State, with the aim of reexamining the indigenous question in Bolivia and challenging the rural-ancestral romanticization that has clouded locals and strangers.

Keywords | Latin american sociology, Political economy, Cold war, Coup d'état in Chile, Latin american critical thought

¹ Una versión preliminar de este artículo fue presentada como ponencia en el I Congreso Internacional sobre Pensamiento Crítico Latinoamericano, realizado en noviembre del año 2023, en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, en Santiago, Chile.

² Sociólogo y Director de Teatro, Doctor en Estudios de la Sociedad y la Cultura por la Universidad de Costa Rica. Profesor Asociado del Instituto de Lingüística y Literatura de la Universidad Austral de Chile, donde es Director del Magíster en Literatura Hispanoamericana Contemporánea. Código ORCID: org/0000-0001-6998-9847. Correo electrónico: adolfo.albornoz@uach.cl

Introducción

El 16 de julio del año 2023, en San José, Costa Rica, a los noventa y dos años, murió Franz Hinkelammert, economista, filósofo y teólogo, a quien otra figura igualmente enorme del trabajo intelectual en América Latina, Enrique Dussel —fallecido pocos meses después, casi a la misma edad—, no dudó en valorar como “el más grande pensador crítico latinoamericano contemporáneo” (Dussel y Colmenares, 2023, p.19).

El 2023, Hinkelammert, nacido en Alemania, cumplía seis décadas en América Latina, adonde llegó en 1963. Para su vasta trayectoria y contundente producción resultó decisiva su primera década en este continente, específicamente en Chile, donde vivió hasta 1973. Tras el Golpe de Estado con el que militares y civiles derrocaron el gobierno democrático y constitucional encabezado por el presidente Salvador Allende, proyecto político popular con el cual Hinkelammert tuvo un fuerte compromiso, se refugió en la Embajada de Alemania y pronto partió a una suerte de paradójico exilio a su país natal. Luego de una breve estancia en Berlín, regresó a Latinoamérica, esta vez a Costa Rica.

Tras formarse en Alemania Occidental y doctorarse en economía con el sello anticomunista de la Guerra Fría, Hinkelammert había arribado a América Latina en medio de la determinante discusión sobre el desarrollo alentada por la CEPAL, mientras la FLACSO fomentaba de manera decisiva las ciencias sociales en el continente. Durante sus diez años de trabajo en Santiago, con base en la Pontificia Universidad Católica de Chile —aunque también con vínculos con otras instituciones—, Hinkelammert se relacionó con científicos sociales afines al desarrollismo justo cuando empezaban la revisión crítica del paradigmático proyecto regional cepalino. Así, intervino en debates y proyectos que dieron forma a la Teoría de la Dependencia y en discusiones y acciones que impulsaron la Teología de la Liberación. Todas estas experiencias teóricas y políticas, reelaboraciones mediante, lo acompañaron durante más de medio siglo de labor intelectual a partir de la especificidad latinoamericana, manteniendo siempre en perspectiva algunos de los problemas más acuciantes del continente.

De esta impronta, Hinkelammert dejó sistemática constancia. Lo hizo, por ejemplo, en sus primeros trabajos de resonancia, donde cuestiona el concepto hegemónico y eurocéntrico de subdesarrollo, como hace en *Dialéctica del desarrollo desigual* (1970); en sus obras de madurez y mayor reconocimiento, comprometidas con la emancipación de individuos y comunidades oprimidas y dependientes, como ocurre en *Crítica de la razón utópica* (1984) y *El sujeto y la ley* (2003); y en sus últimas producciones, donde insiste en el humanismo de la praxis como proyecto de liberación, como hace en *Totalitarismo del mercado* (2018) y *La crítica de las ideologías frente a la crítica de la religión* (2021). En estos y otros textos, los ecos del Chile de los años sesenta y setenta emergen recursivamente, desde la discusión categorial hasta la recuperación de la memoria, en especial en función de la centralidad que el sujeto y la vida tienen en su reflexión crítica³.

En el presente trabajo, entonces —iniciado, además, cuando se cumplían cincuenta años del Golpe de Estado de 1973 en Chile—, tematizo las cuestiones del desarrollo y la

3 Para una mirada con énfasis en la divulgación para público general de la trayectoria y el pensamiento de este prominente intelectual, véase el documental *Sunday School with Franz Hinkelammert* (Finn, 2012).

la dependencia para delinear una breve reconstrucción sociohistórica del campo intelectual científico-social chileno y latinoamericano durante los largos años sesenta, en el que Hinkelammert activamente participó. Y la entrecruzo con fragmentos de relatos testimoniales provenientes de entrevistas (hasta ahora inéditas) realizadas con el célebre pensador. El objetivo es revisar algunos de los componentes que sitúan su maciza y trascendente obra en el canon del Pensamiento Social Latinoamericano, enfatizando conexiones entre su labor temprana y corrientes actuales del pensamiento crítico del sur global.

De paso, en el plano teórico-metodológico, exploro el rendimiento del cruce entre una mirada macro (sociología de la cultura, historia intelectual) y un prisma micro (enfoque biográfico, testimonio). Luego, en el horizonte heurístico-axiológico, aunque procuro un homenaje a un entrañable maestro recientemente fallecido, no pretendo un ejercicio de culto a la personalidad ni de celebración de una genialidad particular —aunque los méritos de Franz son gigantescos—; busco, en cambio, valorar su singular proyecto intelectual, en el que resuena una heterogénea producción colectiva, como una expresión ejemplar de pensamiento crítico transmoderno, por lo tanto, situado y dialógico.

El desarrollo como problema: historia y testimonio

Según Eduardo Devés (2000; 2003), entre otros, el devenir intelectual del siglo XX latinoamericano se estructura en una fase anterior y una posterior a la creación, en 1948, de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), cuya sede fue instalada en Santiago, Chile.

Con las secuelas de la crisis económica de 1929, los estragos de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría como trasfondo, la CEPAL —adscrita a la ONU—, en especial por obra de su figura fundacional protagónica, Raúl Prebisch, argentino, autor de *El desarrollo económico de la América Latina* y algunos de sus principales problemas (1949), una especie de manifiesto cepalino —junto a investigadores como Aníbal Pinto (1953; 1959), chileno, Celso Furtado (1956; 1959), brasileño, y otros—, amalgamó una reflexión histórico-estructural economicista, favorable al desarrollo industrializador y la modernización societal, que tuvo un profundo impacto en la academia y la política latinoamericanas durante la segunda mitad del siglo XX, particularmente sobre las generaciones emergentes.

En una dimensión paralela de la misma historia del siglo XX, refiriendo al nazismo y la guerra como contextos para su infancia en Alemania, más de setenta años después, Franz Hinkelammert reflexionaría:

Recuerdo poco del nazismo. Yo era pequeño. Vivíamos en las afueras de Herdford, un pueblo provinciano y campesino. Veíamos como desde lejos lo que ocurría. Tengo pocas imágenes, pero fuertes, del nazismo. Recuerdo amigos del colegio que fueron obligados a llevar la estrella de David. De pronto no los vimos más. Recuerdo ir a la estación de ferrocarriles, ver trenes llenos de personas y no entender lo que pasaba. Recuerdo una horrible canción antisemita que un día llegué cantando a casa. Mi padre dijo: “cuidado, Franz”, y me explicó su significado. Esas imágenes no te abandonan. Pero sólo años después pudimos darles verdadero sentido, cuando vino la revelación del horror.

Recuerdo más de la guerra. Los ataques aéreos destruyeron partes de mi ciudad varias veces. Los bombardeos aéreos me han perseguido en sueños durante toda la vida. Son inhumanos, siempre son contra víctimas inocentes. Siempre van acompañados de la hipocresía del daño colateral. Lo vi en Chile, en el bombardeo de La Moneda. Lo hemos visto muchas veces en Medio Oriente, los Balcanes y tantos otros lugares. Me rebelo contra eso. No acepto que destruir la vida sea un daño colateral⁴.

Coincidiendo con el inicio de la Guerra Fría, la instalación del cepalismo como nueva red intelectual hegemónica en América Latina y del desarrollo como nuevo concepto dominante conllevó significativas transformaciones en el campo de las ideas. La más trascendente fue la institucionalización y disciplinamiento, junto con la regionalización e internacionalización, de las ciencias sociales latinoamericanas, cuyo ethos fue perfilado por el desarrollismo y problemáticas afines. Como afirman Hélgio Trindade (2007) y otros, al revisar las “modalidades de trabajo y de reflexión” (p. 23) que preceden al afianzamiento de la sociología, antropología y ciencia política en la región, es evidente que “las contribuciones de los economistas estructuralistas, poderosa corriente desarrollada en Chile por economistas de diversas nacionalidades, miembros de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL); será[n] una importantísima fuente de inspiración para investigadores en la mayor parte de nuestros países” (Trindade, 2007, p.28)⁵.

Por su parte, a propósito de la posguerra como marco para su juventud y formación académica y su propio encuentro con las ciencias sociales y las humanidades, Hinkelammert explica:

Cuando terminó la guerra yo era muy joven para el ejército. Me salvé por poco: tenía catorce años y a los quince nos llevaban al frente. Un amigo, compañero de curso, murió a los quince años, poco antes de la capitulación. Soy de la generación de los que no fuimos reclutados para la guerra y, como pasaron varios años en los que Alemania no tuvo ejército, tampoco hicimos el servicio militar. Nos formamos con un pensamiento más libre que el habitual para Alemania.

El despertar del país y el rechazo que nos produjo lo ocurrido, me coincidió con el momento de la vida cuando uno empieza a estar intelectualmente despierto. Tener una posición y argumentarla era una exigencia. Entonces, pasados los quince años, comencé a leer todo lo que llegaba a mis manos. Además, tras la guerra, mientras vivíamos la ocupación –en mi pueblo se instalaron tropas estadounidenses–, se reorganizaron los diferentes

4 Este y todos los fragmentos testimoniales siguientes provienen de entrevistas realizadas con Franz Hinkelammert en su casa, en San José, Costa Rica, durante el primer semestre del año 2016, y de sesiones del Coloquio de Investigación que paralelamente él impartía en el Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura, en la Universidad de Costa Rica.

5 Aunque es indudable que la entrada en funciones de la CEPAL fue determinante para el desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas, también es cierto que el proceso venía desplegándose –al menos tímidamente– desde antes. La creación, en 1939, de la Revista Mexicana de Sociología, la publicación periódica de ciencias sociales más antigua del continente, por parte de Lucio Mendieta y Núñez, director del Instituto de Investigaciones Sociales –fundado en 1930– de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); y la edición, en 1941, de Sociología: teoría y técnica de José Medina Echavarría, responsable de la primera cátedra de sociología en la UNAM, fueron acontecimientos decisivos para el tránsito desde la “sociología de cátedra” a la “sociología científica” en América Latina.

partidos políticos: demócratacristianos, comunistas y otros. Me acerqué a reuniones y fui conociendo distintas visiones.

Terminé el colegio y entré a un noviciado de jesuitas. Quería ser teólogo. Estuve un año. Fue una buena experiencia, pero exigían una disciplina militar que me era imposible. En 1950 entré a la universidad a estudiar economía. Me seguían interesando la teología y la filosofía, pero mi padre —quien era profesor de primaria, pero se había doctorado con una tesis sobre los impactos sociales del alcoholismo; era católico de misa diaria, pero se sentía cercano a la socialdemocracia y leía a Marx— me dijo: “si te interesan esas materias, tienes que estudiar economía para entender el fondo de lo que ocurre”. Me convenció. Tuve suerte. Durante toda mi vida, mi trabajo ha tenido algo de filosofía y teología, pero con base en la economía. Como el sistema universitario alemán era muy libre, pasé los cursos obligatorios de economía y completé mi formación estudiando filosofía, literatura, derecho y arte. Empecé en Friburgo, seguí en Hamburgo y terminé en Münster, en 1955.

En América Latina, luego de que en 1948 comenzó a operar la CEPAL, la UNESCO impulsó la creación, en 1957, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Le siguieron el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), también en 1957, el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES), en 1962, ambos amparados por la CEPAL, y el Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES), creado por el Consejo Episcopal Latinoamericano, en 1965, entre otras entidades ubicadas en Santiago de Chile. Aquí mismo se instalaron oficinas regionales de varias agencias de la ONU, como UNESCO, FAO, OIT y UNICEF. Así se formó una densa red institucional que determinó la discusión, diseño e implementación de políticas públicas en América Latina.

Paralelamente, tras la fundación, en 1950, de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) —primera en su tipo en el mundo—, nacieron o maduraron por todo el continente unidades académicas destinadas a la docencia e investigación en sociología, antropología, ciencia política, administración pública y más. Muchas se coordinaron mediante el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), creado en 1967, también por iniciativa de la UNESCO. De ellas surgieron los nuevos y futuros líderes y cuadros directivos de América Latina, quienes tendieron a completar su formación o desarrollar su profesión en las oficinas centrales de instituciones regionales como las mencionadas o en los órganos nacionales correspondientes. En este sentido, Rolando Franco (2007) reconoce que “ILPES y CEPAL se convirtieron en un empleador (selectivo) de egresados de la FLACSO” (p. 35) y que “el ILPES tendrá especial importancia en la formación de personal de los gobiernos latinoamericanos” (p. 34), mientras que Ricardo Bielschowsky (1998) agrega que “la modernización de las tecnoburocracias latinoamericanas se benefició mucho del trabajo de la CEPAL y del ILPES en ese período” (p. 32).

En relación con la génesis de su concurrente tránsito desde el panorama académico europeo al escenario intelectual latinoamericano, Hinkelammert recuerda:

Tras licenciarme en Münster, obtuve una beca en la Universidad Libre de Berlín, en el Instituto sobre Europa Oriental, que contaba con auspicios de la Fundación Ford y empresarios alemanes. Obviamente, querían formar luchadores contra el comunismo. Pero para esto se empezaba por estudiar a fondo a Marx y su tradición. El capital lo estudiábamos un año completo. También trabajábamos bastante la teoría del imperialismo de Lenin. Me interesó la Economía Política e hice mi tesis sobre la industrialización soviética. Así empecé a conocer el problema del desarrollo y a descubrir la relación entre economía e ideología. Intuía que la planificación soviética y la competencia capitalista compartían una teología: ambas suponían un progreso lineal mistificado. Mientras más estudiaba la teoría neoclásica, me parecía más llena de metafísica. Todo esto, teniendo ya la experiencia del impacto concreto de los discursos ideológicos en las sociedades latinoamericanas, lo recuperé años después en el libro *Crítica de la razón utópica*, que publiqué en 1984.

Muchos de mis compañeros en el Instituto sobre Europa Oriental se hicieron funcionarios públicos y algunos se unieron al servicio secreto. A mí nada de eso me interesaba. Terminé el doctorado en 1961 y empecé a correr la voz: si alguien sabía de una posibilidad en América Latina, me interesaba. Era un sueño que tenía desde niño, cuando leí sobre Bolívar y después sobre la conquista y colonización ibérica. La destrucción de Tenochtitlan me marcó. También leí a Neruda y así fui construyéndome la idea de un mundo oprimido, pero mágico. Por otra parte, sentía mucho rechazo por lo que hizo Alemania; no quería vivir allá.

Afortunadamente, en 1963 me llamaron desde la Fundación Adenauer, cercana a la Democracia Cristiana, que era un partido muy diferente al que es hoy y al que hace varias décadas conocemos con el mismo nombre. Antes este partido tenía un compromiso humanista y un programa transformador. Yo no era demócratacristiano, pero conocía la Doctrina Social de la Iglesia, me interesaba la teología y había estudiado en un instituto crítico del comunismo, así que les parecí un buen candidato para ir a Chile.

En Latinoamérica, la cuestión desarrollista catapultada por la CEPAL alentó una relación simbiótica, inédita en la historia continental, entre academia y política como campos autónomos, pero articulados, en especial mediante la idea de planificación. Esta categoría clave del pensamiento cepalino expresaba la voluntad por conocer científicamente la realidad social para poder transformarla. Y asignaba al Estado el rol protagónico en la modernización de la sociedad porque se asumía que condiciones socioeconómicas históricamente reproducidas —algunas desde la colonia temprana— no podían ser estructuralmente modificadas sólo por la dinámica del mercado. A propósito del vínculo entre saber, poder y ciencias sociales, Trindade (2007) y otros argumentan:

El recorrido hecho por las CS [ciencias sociales] de América Latina estuvo siempre fuertemente ligado al análisis de los problemas concretos —macro o micro, según los períodos y países—, así como a la voluntad de los científicos sociales de incidir sobre dichos problemas. Ello propició casi siempre una mayor incidencia relativa en la academia de los niveles ideológicos del discurso, así como una

tendencia a una importante vinculación –afirmativa o contestataria– del trabajo de las CS y sus cultivadores con la política, los partidos y los gobiernos.

[...Esto] ha sido en realidad una constante de las ciencias sociales occidentales modernas desde su nacimiento. Y ello sin desmedro de la consolidación de su carácter de CS con capacidad de análisis teórico-empírico diferenciado de la filosofía de la historia y del ensayismo más o menos erudito (p. 21).

Sobre su imbricada inserción en la labor académica y el quehacer político en Chile durante la primera mitad de los años sesenta, Hinkelammert explica:

Llegué a Santiago en 1963, contratado por dos años. Me quedé diez. Llegué como especialista en planificación y cooperación. Entré a las escuelas de Sociología y de Economía de la Universidad Católica de Chile. Tenía dos cátedras: Sociología Económica y Cooperativismo. De inmediato también trabajé en el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL). Lo dirigía un jesuita, Roger Vekemans; era una institución pequeña, pero muy influyente en la política chilena y continental. Vekemans me presentó a la intelectualidad con la que tenía estrechas relaciones. Pronto, en 1964, la Democracia Cristiana ganó las elecciones y llegó al gobierno el presidente Frei. Personas que yo conocía en el DESAL y en la Católica entraron al gobierno y así me fui acercando a la política chilena.

También estuve en el Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES), de los jesuitas, donde estudiaban personas de muchos países de Latinoamérica. Y trabajé en el Instituto de Formación y Estudios Políticos (IDEP), que dirigía Jaime Castillo Velasco, de la Democracia Cristiana. O sea, participé activamente en espacios de formación afuera de la universidad: hice muchos cursos de formación para nuevos cuadros políticos y de formación sindical.

Un par de años después llegó desde Alemania Norbert Lechner, también enviado por la Fundación Adenauer y con él pasó algo parecido. Vino a la universidad, además estuvo en la oficina que yo dirigía y participó mucho en el IDEP. Fue una de mis grandes amistades durante toda la vida. Nos interesaban temas distintos, pero armamos un grupo de discusión que sirvió para mucho trabajo que después cada uno hizo. El desarrollo y la modernización, ya en ese tiempo a él le interesaban por el lado de la crítica de la razón política y a mí por la crítica de la razón utópica y mítica.

La ambiciosa agenda desarrollista articuló novedosas conceptualizaciones, como heterogeneidad estructural; nuevas problemáticas, como industrialización, urbanización y reforma agraria; y novedosas estrategias, como sustitución de importaciones e integración regional. Fueron aunadas, aun siendo discutidas, por una reflexión con perspectiva planetaria sobre las relaciones centro-periferia en general y la condición periférica de América Latina en particular, entendida como el producto de una estructura relacional históricamente determinada, que conlleva un específico modo de inserción internacional y un particular tipo de estructuración interna que constituyen en sí mismos obstáculos para el desarrollo.

Esta compleja operación respondió a la sospecha sobre la pertinencia para Latinoamérica de teorizaciones foráneas con pretensión de objetividad y validez universal, como la Teoría del Desarrollo en su versión liberal tradicional, de inspiración smithsiana y ricardiana, que, con la división internacional del trabajo y las ventajas comparativas como fundamentos, promovía el modelo primario exportador como estrategia de crecimiento para América Latina. Para Prebisch y otros, en cambio, había que apostar —reelaborando parte del legado keynesiano— por políticas modernizadoras originales y localizadas de mediano y largo plazo, como la industrialización. Esta necesitaba ser empalmada con una transformación de la estructura productiva para reorientarla hacia la sustitución de importaciones, para así enfrentar el deterioro de los términos de intercambio. Y requería ser apuntalada por un sistema de integración regional y acompañada por otros cambios estructurales, como reforma agraria, urbanización y acceso a la educación, necesarios para que el crecimiento económico no deviniera disfuncional.

Finalmente, entonces, para la intelectualidad cercana a los discursos y prácticas de la CEPAL, se hizo evidente que la especificidad socioeconómica latinoamericana, históricamente condicionada por la estructura global de centros y periferias, exigía una teorización original o al menos propia, como había sugerido el mismo Prebisch. Sobre esta convicción, Bielschowsky (1998) explica:

En otras disciplinas de las ciencias sociales, como la lingüística y la antropología, donde se origina el “estructuralismo”, éste correspondió típicamente a un instrumental metodológico sincrónico o ahistórico. En cambio, en el análisis económico cepalino el estructuralismo es esencialmente un enfoque orientado por la búsqueda de relaciones diacrónicas, históricas y comparativas, que se presta más al método “inductivo” que a una “heurística positiva”. De ahí provienen los fundamentos esenciales para la construcción teórica del análisis histórico comparativo de la CEPAL: las estructuras subdesarrolladas de la periferia latinoamericana condicionan —más que determinan— comportamientos específicos, de trayectorias desconocidas a priori. Por tal motivo, merecen y exigen estudios y análisis en los que la teoría económica con el sello de la universalidad sólo puede emplearse con reservas, para poder incorporar esas especificidades históricas y regionales. En otras palabras, el enfoque histórico-estructuralista cepalino implica un método de producción del conocimiento muy atento al comportamiento de los agentes sociales y a la trayectoria de las instituciones, que se aproxima más a un proceso inductivo que a los enfoques abstracto-deductivos tradicionales.

[...En definitiva,] No se trataba de comparar el subdesarrollo periférico con la historia pretérita de las economías centrales, como quería Rostow, sino de identificar los desdoblamientos históricos singulares de la especificidad de sus experiencias, en los que cabía esperar secuencias y resultados distintos de los que se dieron en el desarrollo céntrico (pp. 14-15, 16).

Recapitulando, sobre la centralidad de la cuestión del desarrollo, Franco (2007) argumenta:

La originalidad latinoamericana es que utiliza teorías de otro origen para analizar temas que, siendo irrelevantes en los lugares donde la teoría se origina, son de primordial importancia en el lugar donde se las recibe. Así, el “desarrollo” carecía de importancia para el funcionalismo norteamericano. Esto demuestra que se recurre a dicha teoría porque es la disponible, y se la adapta para tratar de explicar los temas que interesaban aquí (p. 22).

Hinkelammert, por su parte, meditando sobre las implicancias de la centralidad teórica y también política de la cuestión del desarrollo durante los largos años sesenta latinoamericanos, concluye:

En tiempos del Estado Desarrollista, en Latinoamérica hubo casos con relativo éxito y, es verdad, varios con menos logros. En todos los casos, el Estado Nacional, mediante la planificación, invertía y estimulaba la inversión privada con fines nacionales, pensando en infraestructura, salud, educación y jubilación, es decir, lo fundamental. Lo importante es que, incluso cuando las políticas de desarrollo no funcionan bien, el modelo contiene la posibilidad para que los sujetos actuemos para que funcione mejor. Por cierto, sin teorías sobre la intervención de los mercados no habría sido posible la recuperación de Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Para mí, esto era el Estado de Desarrollo. Obviamente, lo relaciono con la utopía, es decir, como condición de posibilidad de lo posible.

La dependencia como crítica: política y memoria

El programa de investigación y acción cimentado por la CEPAL tuvo a sus primeros interlocutores entre los gobiernos progresistas moderados de América Latina. Pronto creció hasta involucrar a gran parte de los intelectuales y académicos, políticos y técnicos del continente, dialogando tanto con agentes de derecha como de izquierda. Este despliegue alentó la reflexión crítica sobre la propia estrategia cepalina de desarrollo. Así, a mediados de los años sesenta, ingresó al campo intelectual latinoamericano y disputó su hegemonía una fuerza emergente: la Teoría de la Dependencia. De hecho, fue en un órgano adscrito a la CEPAL, el ILPES —en el cual, según Walter Ansaldi, se “genera un pensamiento crítico merced a un alto grado de independencia intelectual respecto a los gobiernos representados en la propia Comisión, incluso al margen de las posiciones que estos tengan” (citado por Franco, 2007, p. 35)—, donde Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (1969) concibieron una de las formulaciones inaugurales y, a la postre, más célebres de esta nueva sensibilidad: Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica.

Describiendo el proceso de radicalización dentro del campo intelectual latinoamericano que condujo a la irrupción de la Teoría de la Dependencia, Bielschowsky (1998) comenta:

La CEPAL de los años sesenta sería sobre todo un foro para debatir ideas críticas del proceso de desarrollo en curso. El talento movilizador cepalino atraía a la intelectualidad a un debate que gravitaba cada vez más en torno a tres puntos que delimitaban la división político ideológica: primero, la interpretación de que la

la industrialización había seguido un curso que no lograba incorporar en la mayoría de la población los frutos de la modernidad y del progreso técnico; segundo, la interpretación de que la industrialización no había eliminado la vulnerabilidad externa y la dependencia, pues sólo se había modificado su naturaleza; y tercero, la idea de que ambos procesos obstruían el desarrollo. Sus interlocutores principales se hallarían en la centroizquierda nacionalista preocupada por las reformas sociales. Así, los puntos de contacto de su análisis con la teorización de la izquierda revolucionaria tenderían a ser incluso más firmes que con los análisis conservadores (p. 32).

A propósito de los efectos que el debate entre desarrollo y dependencia tuvo sobre la praxis política, Franz Hinkelammert recuerda:

Cuando aumentó el debate sobre el desarrollo y cómo alcanzarlo, se dividió la Democracia Cristiana chilena. Su gobierno, que se declaraba como una “revolución en libertad”, era desarrollista, pero sólo reformista y desde esta perspectiva llevó adelante transformaciones como la Reforma Agraria. De la división nació el partido al que yo me uní: el MAPU [Movimiento de Acción Popular Unitaria], que estaba más inspirado por la Teoría de la Dependencia y asumía más la Doctrina Social de la Iglesia. El MAPU –lo mismo pasó con otro partido nuevo: la Izquierda Cristiana– se sumó a la Unidad Popular y apoyó al presidente Allende, mientras que la Democracia Cristiana se fue haciendo más conservadora. Por supuesto, hubo excepciones importantes dentro del partido. Radomiro Tomic, el candidato presidencial demócratacristiano en 1970, tras su derrota no dudó en legitimar el triunfo de Allende para que el congreso también lo reconociera. Tomic era un importante intelectual. A mí me impresionó mucho su forma de entender a Locke y la retomé años después para un trabajo mío.

Cuando me fui de la Democracia Cristiana, también tuve que salir de la Fundación Adenauer y desvincularme del IDEP; además, me sacaron del ILADES. Me concentré en la Universidad Católica, en el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), que ayudé a fundar, con Jacques Chonchol como director hasta que Allende lo nombró Ministro de Agricultura y le encargó la Reforma Agraria. En el CEREN me acerqué definitivamente a la Teología de la Liberación. Conversé mucho con Gustavo Gutiérrez, quien pasaba bastante tiempo en Chile durante esos años ⁶.

La idea de dependencia, por supuesto, antecede a su conceptualización científico-social moderna. Fernanda Beigel (2006), por ejemplo, revisa el asunto —dialogando con Arturo Andrés Roig— y afirma que “la categoría de dependencia tiene una trayectoria bastante larga en nuestro campo intelectual, cuyos antecedentes se remontan al siglo XIX, mientras se desenvolvía el movimiento de la llamada ‘segunda emancipación’ y el debate acerca de los alcances de la Independencia” (p. 291), contexto en el que Andrés Bello y Juan Bautista Alberdi, entre otros, reivindicaron “las armas de la inteligencia”.

6 Aunque se trata de un acontecimiento situado más allá de los límites temporales y conceptuales que este artículo aborda, cabe mencionar que cuando Franz Hinkelammert formalmente inscribió su trabajo intelectual e institucional en la trinchera de la Teología y la Filosofía de la Liberación, estas experiencias en Chile fueron un antecedente fundamental. Como él mismo evoca: “Cuando en Costa Rica, en 1976, fundamos el Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI), dos de los ejemplos que tuvimos más presentes, junto a Hugo Assmann y Pablo Richard, quienes también salieron de Chile después del Golpe de Estado, fueron el CEREN y el ILADES”.

En el ámbito económico, la subordinación dependiente de Latinoamérica fue tematizada desde inicios del siglo XX como correlato de la embestida del capital estadounidense en la región. Así, reelaboraciones mediante, llegó a figurar en el pensamiento de la CEPAL desde sus inicios, como testimonian los títulos de trabajos fundacionales como *Hacia nuestra independencia económica* de Aníbal Pinto (1953) y *Una economía dependiente* de Celso Furtado (1956). Sin embargo, tras una década y medida de políticas desarrollistas, cuando la modernización reformista empezó a ser juzgada como insuficiente, la crítica de la dependencia cobró una remozada relevancia para articular un proyecto de Estado-Nación decididamente antiimperialista, alternativo al cepalismo original.

Sobre el componente de interpelación geopolítica que, en ese momento como en tantos otros, signó el pensamiento crítico latinoamericano, Hinkelammert argumenta:

En América Latina, para que estos proyectos transformadores tuvieran alguna posibilidad, necesariamente debían ser cuestionadores del imperio, de su ideología. Porque, para justificar su acción, el imperio siempre invoca un falso humanismo en nombre del cual masacra —antes muchas veces somete y explota—. Ocurría entonces y sigue pasando hoy con Estados Unidos cuando dice que interviene para proteger la democracia. Lo mismo hizo Europa cuando justificó la colonización diciendo que estaban salvando a los salvajes de la barbarie. Y pasó en Chile con el Golpe de Estado para supuestamente liberar al país del comunismo. Desde entonces, desde el bombardeo de La Moneda, tenemos un modelo global de Estado de Seguridad que vigila el libre tráfico de mercancías y divisas y actúa contra las personas que se rebelan para sobrevivir.

El rápido tránsito desde la centralidad del desarrollismo a la hegemonía del dependetismo estuvo determinado por acontecimientos como el triunfo de la Revolución Cubana en 1959 y la celebración del Concilio Vaticano II entre 1962 y 1965, seguido por la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín en 1968. Así emergió una estructura de sentimiento cuyo tono dominante lo dio la voluntad de transformación/revolución ante situaciones histórica y geopolíticamente heredadas y reproducidas, entre las que sobresalía la dependencia. La configuración de esta sensibilidad se vio potenciada por el concurrente crecimiento epistemológico, teórico y metodológico de las ciencias sociales latinoamericanas, cuyo repertorio inicial, basado en el estructuralismo funcionalista de procedencia norteamericana, fue complementado y tensionado por la sociología crítica inspirada en el estructuralismo marxista de raíz europea. Como explican Trindade (2007) y otros:

Las temáticas y contenidos en la fase fundacional [de las ciencias sociales latinoamericanas] pueden sintetizarse esquemáticamente en dos grandes perspectivas o modelos de ciencias sociales, cuya presencia irá cobrando especificidades dentro de cada país [...]. Ambas perspectivas o modelos tienen en común, a diferencia de lo que vendrá más adelante, el que se desarrollan sobre la base de grandes paradigmas.

Por un lado, está lo que se ha llamado el proyecto científico-profesional caracterizado por el predominio del enfoque estructural-funcionalista, acompañado, en general, del uso de técnicas cuantitativas de recolección y medición de datos empíricos. Aquí la aproximación científica seguía los estándares, sobre todo, aunque no exclusivamente, de las disciplinas en Estados Unidos y reflejaba una

preocupación, con predominio de la sociología, por aspectos de la sociedad que podrían definirse bajo los conceptos de “desarrollo” o “modernización” [...].

El segundo modelo equivale al proyecto científico-crítico y estuvo muy ligado al marxismo académico. En algunos casos la variedad predominante fue el marxismo estructuralista con influencias decisivas de Althusser y Poulantzas y adquirieron un carácter de manual de divulgación en los trabajos de Marta Harnecker. Aquí la disciplina predominante fue la economía política con la perspectiva de una ciencia única de la sociedad. En tal sentido, se destacó el análisis comprensivo y global de la sociedad poniendo en el centro de sus preocupaciones temas que se inscriben dentro de la problemática del “capitalismo dependiente” o de las “vías al socialismo”, por ejemplo, la estructura y lucha de clases, los partidos políticos, los procesos políticos y la ideología [...].

Tanto en la versión científico-profesional como en la versión científico-crítica, el eje central fue teorizar e investigar el tema del cambio social, siendo la sociedad histórica, más que lo social abstracto el foco principal del análisis. En tal sentido, la sociedad fue abordada como un sistema articulado en estructuras –económicas, políticas, sociales, culturales– que se determinaban unas a otras según leyes de tipo universal [...].

Por su parte, el cambio social era definido como el paso de un tipo de sociedad a otra, determinado también por un factor estructural (pp. 46-48).

A propósito de la eclosión sociocultural dependentista que derivó de este intenso devenir teórico-académico, Beigel (2006) comenta:

Durante este fecundo período de nuestro campo intelectual, la categoría de dependencia asumió un enorme protagonismo y, cuando avanzaban los años sesenta, saltó el tapial de la discusión académica y se instaló en los partidos políticos, las revistas culturales, los movimientos sociales, las instituciones estatales, la literatura y el periodismo. Conviene, por ello, hablar en plural de enfoques y “teorías” de la dependencia, para expresar con más propiedad al conjunto complejo y heterogéneo que puede materializarse en los trabajos publicados, desde 1965, por autores como Osvaldo Sunkel, Enzo Faletto, Fernando Henrique Cardoso, Andre Gunder Frank, Fernando Velazco Abad, Aníbal Quijano, Ruy Mauro Marini, Celso Furtado, Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra, Franz Hinkelammert, entre tantos otros (pp. 296-297).

Por su parte, en relación con su propia vivencia, Hinkelammert evoca:

En Chile vivimos una época fabulosa, de actividad y creatividad como pocas veces se dan: una combinación fantástica entre lo teórico y lo político, lo artístico y lo social. Las calles estaban vivas. La producción intelectual era popular. Había mucho diálogo, perspectivas diferentes, muchos extranjeros. El trabajo intelectual era realmente una producción colectiva. Había convicción de que la realidad podía ser cambiada. Había rebeldía. Y estaba alimentada por un humanismo secular muy extendido. Así se llegó a ese proyecto de socialismo que no era Socialismo con mayúscula; era pequeño, autóctono, muy verdadero, “con vino tinto y empanadas”, como decía Allende.

Entonces yo estaba en el CEREN. Ahí publicamos los Cuadernos de la Realidad Nacional, una revista que en pocos años llegó a ser importante. En 1970, en un número especial, con un equipo de investigación publicamos los primeros resultados que después trabajé en el libro *Dialéctica del desarrollo desigual*. Queríamos pensar un desarrollo posible en condiciones de dependencia, queríamos alimentar el proyecto de la Unidad Popular. Ese libro resume mucho de lo que estudié, aprendí e hice en Chile. A diferencia de André Gunder Frank, quien veía el mayor problema en el intercambio desigual, para mí era fundamental la desigualdad tecnológica. Discutíamos, pero nos llevábamos muy bien.

Ante la rebeldía popular, la oligarquía y la derecha acumularon resentimiento y deseo de venganza del pueblo que reclamaba dignidad. Y lo que más había alimentado esa actitud era la ideología, por ejemplo, el profundo rechazo a sólo escuchar hablar de Reforma Agraria.

Por otro lado, Chile se convirtió en un problema geopolítico para Estados Unidos y su influencia regional. Representaba una posibilidad de socialismo democrático que podía propagarse por Latinoamérica. Si Allende no hubiera sido eliminado, su ejemplo habría hecho escuela. Este era el problema de fondo, no era económico, era ideológico. La Doctrina de Seguridad Nacional también fue un invento ideológico.

En síntesis, la Teoría de la Dependencia da cuenta de una experiencia histórica de larga duración que dio pie a una urgente elaboración conceptual que a su vez conllevó un estrechamiento de las militancias académica y política. Se caracterizó, teóricamente, por entender la dependencia como el producto de un tipo específico de relación estructurada a lo largo de la historia, que integra todos los procesos intervinientes en el desarrollo; axiológicamente, por pensar Latinoamérica como una experiencia de dominación y asumir su liberación como un problema teórico-práctico urgente; conceptualmente, por afinar el análisis con perspectiva planetaria de las relaciones centro-periferia; metodológicamente, por examinar la heterogeneidad de los vínculos entre centros y periferias: por ejemplo, la relación entre la estructura productiva nacional y el mercado mundial o entre la estructuración nacional del poder y el sistema político internacional; y, políticamente, por impugnar el reformismo gradualista que conllevó apoyar a las burguesías nacionales/nacionalistas como cabeza de un capitalismo local supuestamente afín a la liberación nacional. Para la crítica dependentista, las élites periféricas, porque se benefician de la dependencia, contribuyen a reforzarla en alianza con los poderes centrales. Esta trenza de sobreexplotación exterior-interior exigía una respuesta transformadora radical, revolucionaria, a la par del develamiento de la historicidad de su compleja estructura.

Aunque las posibilidades y límites de esta agenda respondieron a determinantes objetivas, las variaciones internas no fueron pocas. Ocurrió, por una parte, porque la batalla por el posicionamiento dentro de un campo intelectual exige creatividad y diferenciación y, por otra parte, porque el dependentismo, de intensa pero corta vida, no alcanzó a ser más que un proyecto de investigación en curso. Por ejemplo, sobre el origen del capitalismo latinoamericano, André Gunder Frank (1969) sostuvo que el continente es capitalista desde inicios del siglo XVI, cuando se estructura el vínculo mercantil entre metrópolis y colonias que las integra en un sistema económico mundial, mientras que Agustín Cueva (1977) propuso que la acumulación capitalista originaria ocurre en la

la región durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando se reordenan las fuerzas dentro del imperialismo occidental.

Discutir la heterogeneidad de las teorías de la dependencia escapa a los objetivos de este trabajo. Sólo cabe destacar que, al desmarcarse de la ideología etapista y eurocéntrica del progreso, tanto en su versión liberal tradicional basada en la dicotomía tradicional/moderno, donde Latinoamérica aparece como tradicional y precapitalista, así como en su variante marxista ortodoxa, fundada en la contradicción feudal/capitalista, donde América Latina asoma como semifeudal, como concluye Beigel (2006), los críticos dependencistas “buscaban producir en la teoría un viraje tan significativo como el cambio que se esperaba para las estructuras sociales” (p. 296). Para esto, “problematizaron su objeto de estudio desde una perspectiva latinoamericanista y lo construyeron, al decir de Hinkelammert, desde un noble punto de partida: la decisión de no someterse al capitalismo como ley metafísica de la historia (Beigel, 2006, p. 307).

Conclusiones

El ciclo desarrollista iniciado por la CEPAL y continuado por la Teoría de la Dependencia nació, en términos epistémicos, como un proyecto paradigmáticamente moderno, comprometido con la razón y el progreso, que entendió el crecimiento material como criterio de verdad. Sin embargo, la atención prestada a la especificidad latinoamericana, empezando por el entramado socioeconómico forjado en tiempos coloniales y su gravitación sobre el presente y futuro del continente, evidenció la necesidad de un marco interpretativo original o al menos propio para la condición periférica de América Latina. Así, gradualmente, la reflexión local sobre el desarrollo se alejó de la versión eurocéntrica de la modernidad. Ocurrió, por ejemplo, al tomar forma el método histórico-estructural cepalino, radicalizado por el dependencismo, que, por su análisis de tendencias de mediano y largo plazo con perspectiva centro-periferia, lo considero un antecedente afín al enfoque de Larga Duración y la perspectiva de Sistema-Mundo que sustentan la actual crítica decolonial, iniciada por Aníbal Quijano (1992; 2000), quien, en su momento, fue funcionario de la CEPAL y teórico de la dependencia (Albornoz, 2021).

Con su distanciamiento crítico, las teorías latinoamericanas del desarrollo y la dependencia no pretendieron situarse afuera del proyecto moderno, sino argumentar que éste debe ser pensado, ya que así es vivido, de manera diferente desde su exterioridad. A propósito de su fecundo encuentro con este creativo y productivo campo intelectual latinoamericano, en el que Franz Hinkelammert comenzó a experimentar una suerte de “desprendimiento decolonial”, el célebre pensador reflexiona:

Para mí fue una experiencia fantástica llegar a Chile sin mayores antecedentes sobre lo que iba a encontrar. Tuve que pensarlo todo de nuevo. Al comienzo investigaba y enseñaba en América Latina, pero mi cabeza y mi discurso todavía no estaban aquí. Pasaron varios años hasta que mis publicaciones fueron verdaderamente pensadas y escritas desde Latinoamérica.

El subdesarrollo era una problemática nueva para mí. Yo había estudiado la Unión Soviética como un caso de industrialización en un país semidesarrollado. Pero las preguntas que en América Latina se hacían sobre la planifica-

ción del desarrollo eran muy diferentes. Entonces, los seminarios que yo daba, las reuniones y conversaciones que tenía en la universidad y afuera, me abrieron otras perspectivas, me permitieron ver desarrollos teóricos impensables en Europa.

No viví sólo un giro intelectual, también fue personal. Me puse en contacto con nuevas personas, nuevas realidades y, por supuesto, me fui involucrando en lo que pasaba. En resumen, yo terminé de formarme intelectual y políticamente en Chile. Antes, en Alemania, era sólo un joven investigador. En Chile, aunque siempre estuve en la universidad, dejé de ser sólo un académico y me convertí, por decirlo así, en un intelectual orgánico, un activista.

Gracias a lo que hoy podríamos identificar como el Programa Latinoamericano de Investigación sobre Desarrollo y Dependencia, el (sub)desarrollo de América Latina, que Hinkelammert conceptualizó como “desarrollo desigual”, dejó de ser visto como efecto de la inserción históricamente parcial (como sugieren Stein y Stein, 1970) o sociológicamente deficiente (como propone Rostow, 1960) de América Latina en la modernidad. Empezó a ser comprendido, en cambio, como expresión de una plena y varias veces centenaria participación periférica en la dimensión nuclear del proyecto moderno: el sistema capitalista. Este discurso crítico, al mostrar que los países centrales y periféricos, imperiales y coloniales, desarrollados y subdesarrollados son, desde el siglo XVI, espacios sincrónicamente constituyentes del Sistema Mundo Moderno, rebatió un mito clave del eurocentrismo: el etapismo. Y demostró que la versión canónicamente intraeuropea del trayecto hacia la modernidad es sólo un relato particular que por su posición históricamente dominante actualiza pretensiones universales. Siendo así, me parece que la Teoría de la Dependencia conllevó una operación fundacional de geopolitización del conocimiento. Al pluralizar las miradas sobre lo moderno a partir del prisma centro-periferia, anticipó diagnósticos periféricos contemporáneos como la “modernidad desbordada” de Arjun Appadurai (1996) y agendas como “provincializar Europa” de Dipesh Chakrabarty (2000), ambos provenientes del sur global.

En definitiva, pienso que el desafío de repensar lo moderno desde América Latina y la perspectiva del desarrollo periférico conllevó, a la luz del pensamiento crítico latinoamericano actual —aunque entonces no pudiera ser formulado en estos términos—, una posibilidad quizás tímida, pero real, para pensar y hablar sobre “mundos y conocimientos de otro modo” (Escobar, 2003). La reflexión inaugurada por la CEPAL, al demostrar que el bienestar de Europa es deudor al menos parcialmente de su relación con las periferias, y la crítica elaborada por la Teoría de la Dependencia, al mostrar que el progreso no es transmitido desde las metrópolis hacia las (ex)colonias, sino que las primeras obstaculizan el desarrollo de las segundas, abrieron el camino para develar, desde América Latina, la dimensión sacrificial de una modernidad que en este continente —y en general en las periferias— expresa su “otra cara”. Así, la crítica latinoamericanista sesentista encuentra continuidad en el pensamiento continental transmoderno y decolonial actual, por ejemplo, cuando éste aborda “el mito de la Modernidad” y “el lado más oscuro del Renacimiento”, como hacen Enrique Dussel (1992) y Walter Mignolo (1995), respectivamente, con quienes Franz Hinkelammert largamente dialogó.

Referencias

Albornoz, A. (2021). Aníbal Quijano y la emergencia de la categoría colonialidad. *Sociedad Hoy*, 29, 234-250. https://revistas.udec.cl/index.php/sociedad_hoy/article/view/7430

Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*. FCE. (Trabajo original publicado en 1996)

Beigel, F. (2006). Vida, muerte y resurrección de las 'teorías de la dependencia'. En AA.VV., *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (pp. 287-326). CLACSO.

Bielschowsky, R. (Ed.). (1998). *Cincuenta años de pensamiento en la CEPAL: textos seleccionados*. FCE.

Cardoso, F. H., & Faletto, E. (1978). *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1969)

Chakrabarty, D. (2008). *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica*. Tusquets. (Trabajo original publicado en 2000)

Cueva, A. (1990). *El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1977)

Devés, E. (2000). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo I: del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Biblos.

Devés, E. (2003). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II: desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Biblos.

Dussel, E. (1994). *1492: el encubrimiento del otro. Hacia el origen del "mito de la modernidad"*. Plural. (Trabajo original publicado en 1992)

Escobar, A. (2003). Mundos y conocimientos de otro modo: el programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano. *Tabula Rasa*, 1, 51-86. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600104>

Furtado, C. (1956). *Uma economia dependente*. Ministério de Educacao e Cultura.

---(1962). *Formación económica de Brasil*. FCE. (Trabajo original publicado en 1959)

Hinkelammert, F. (1970). *Dialéctica del desarrollo desigual*. Amorrortu.

--- (1984). *Crítica de la razón utópica*. DEI.

--- (2003). *El sujeto y la ley: el retorno del sujeto reprimido*. UNA.

--- (2018). *Totalitarismo del mercado: el mercado capitalista como ser supremo*. Akal.

--- (2021). *La crítica de las ideologías frente a la crítica de la religión: volver a Marx trascendiéndolo*. CLACSO.

Medina Echavarría, J. (1987). *Sociología: teoría y técnica*. FCE. (Trabajo original publicado en 1941)

Mignolo, W. (2016). *El lado más oscuro del Renacimiento: alfabetización, territorialidad y colonización*. Universidad del Cauca. (Trabajo original publicado en 1992)

Pinto, A. (1953). *Hacia nuestra independencia económica*. Del Pacífico.

Pinto, A. (1996). *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. USACH. (Trabajo original publicado en 1959)

Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad-razionalidad. *Perú Indígena*, 13(29), 11-20.

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201-246). CLACSO.

Rostow, W. W. (1963). *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. FCE. (Trabajo original publicado en 1960)

Stein, S., & Stein, B. (1993). *La herencia colonial de América Latina*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1970)

Trindade, H. (Coord.). (2007). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*. Siglo XXI.